

# Enrique González Rojo

## un Poeta Vigoroso

*Por Eusebio Ruvalcaba*

PODRÍA empezar esta nota diciendo que Enrique González Rojo perteneció al movimiento poeticista, y que en 1976 -creo- recibió el Premio Villaurrutia por su libro *El monstruo y otras mariposas*; o quizá podría decir que la obra teórica de Enrique González Rojo -es filósofo de acción y compromiso- va por el sexto o séptimo volumen en Editorial Domés; o, también que González Rojo es maestro de varias generaciones de universitarios en carreras humanísticas, y que ha enseñado a versificar a más de un poeta de los que ahora empiezan a sonar; más aún: podría insistir en el Enrique militante, crítico implacable, junto -sobre todo- con Revueltas, de la izquierda mexicana.

Pero no. Mejor comenzaré por lo más sencillo: Enrique González Rojo es un poeta hambriento, que se pasa la vida reclutando palabras y exprimiéndole a la vida sus jugos viscerales; es un autor que no se da por vencido en encontrarle nuevos caminos a su expresión poética, y que, así como un niño reacciona ante un juguete nuevo, él se divierte y se maravilla ante cualquier nueva propuesta literaria que encuentra en su camino.

Adentrémonos en el planteamiento del autor de *El antiguo relato del principio*: González Rojo Concibe su quehacer poético como un todo, como un solo cauce (Para deletrear el infinito, título general de su obra), que poco a poco va desgajándose y descubriendo así vertientes insólitas, aunque anunciadas de algún modo en la totalidad del proyecto. Es decir, la suya es una larga e inacabable perspectiva -¿quién puede deletrear el infinito?-, en la que abundan temas de múltiples intenciones y matices, unidos por el único elemento que integra la poesía: *el lenguaje*; en este caso: el lenguaje de EGR.

Nieto e hijo de poetas (su abuelo: Enrique González Martínez; su padre: -también- Enrique González Rojo), Enrique, nacido en 1928,

se rige por tres preceptos: la imaginación, la frescura y la ambigüedad -en sus textos siempre existe la posibilidad de hallar un texto insospechado. La unión de estos tres sumandos dotan a su poesía de ricos contrastes, de irreverentes contraluces. Tejidos en una magnífica urdimbre, los numerosos hilos de su alfombra poética imprimen en el lector una sensación de azoro y de continuo hallazgo, sin descontar fuertes dosis de ironía y humor. Por eso hay muchos que al leerlo por vez primera comentan: Qué raro, yo ya lo había leído. Claro, porque su poesía está hecha del frescor y la savia que todos llevamos dentro.

En fin, para significar estas palabras como un mínimo homenaje a este poeta de vuelo y mirada aguileñas, vayan los siguientes poemas, extraídos de su último libro; *Las huestes de Heráclito*, recientemente publicado por la editorial La palabra al viento.

*En buena lógica*

Los indicios, mi querido Watson,  
impelen a inferir  
que este mundo ha sido creado por el demonio,  
no por Dios  
y las perfectas yemas de sus dedos.  
Pero tu lógica  
(como el asedio al sol  
con argumentos de parafina)  
te impide ver que el progenitor de este mundo  
no es quien suele atribuir tan singular criatura  
ni tampoco a quien tú se la adjudicas.  
Su autor es la materia.  
La omnipotencia frágil y a retazos  
de la materia.

Por eso toda muerte natural  
es un crimen perfecto.

*El descarriado*

Asiste a la misa negra de seis.

Luce ostensiblemente sacrílego en el ojal del traje.

Escribe Dios con minúscula.

Odia los coros gregorianos.

Piensa que persignarse

es darle forma geométrica

a un acto de brujería.

Y está dispuesto a pagar lo que sea

por alguna reliquia de Judas Iscariote.

**Revista mexicana de cultura de “El nacional”**

**Domingo 23 de octubre de 1988.**